

Pisando fuerte

Shannon Malloy

Ha sobrevivido a un accidente de coche que la empotró contra el salpicadero y la decapitó. Nadie se explica cómo tras una colisión tan grave, esta joven de 30 años ha podido sobrevivir. Su cráneo se separó de la columna vertebral y, sin embargo, la médula espinal y el resto de órganos internos permanecieron intactos, por lo que no quedó paralizada. Esto se conoce clínicamente como decapitación interna y la dejó sin control sobre su cabeza. Las lesiones le provocaron daños nerviosos que le causaron vista borrosa y dificultades para tragar. Los cirujanos insertaron tornillos en su cabeza y cuello y lo sujetaron con un halo para minimizar el movimiento. Parece ser que la rapidez de la intervención de los servicios de urgencia, la profesionalidad de los médicos y la fuerza de esta mujer han resultado vitales. ■

Oscar Pistorius

Tiene 20 años, es surafricano, atleta y superdotado. Tenía 13 meses cuando sus padres decidieron amputarle las piernas, para evitar que una malformación en sus huesos degenerara. No tiene piernas de rodilla para abajo y siempre ha utilizado las mejores prótesis que había en el mercado. Empezó jugando al rugby, pero a raíz de una lesión de rodilla se pasó al atletismo. Corre que se las pela, registra 46,34 segundos en los



400 metros y para ir a los Juegos Olímpicos de Pekín necesitaría bajar a 45,50 segundos. Pero tiene un problema: la Asociación Internacional de Federaciones de Atletismo (IAAF) publicó en marzo una norma que impide toda ayuda técnica a los atletas, sobre todo pensada para que los fabricantes de zapatillas no desvirtúen la competición con sus avances tecnológicos. La IAAF tiene un problema con él para, con esa norma, dejarle correr con las cheetahs, sus prótesis de competición. ¿Podrá correr Oscar en Pekín? ■

José Antonio Navarro

Es un ferrolano de 42 años que suele moverse en una silla de ruedas desde su más tierna infancia. Pues hace unos días fue interceptado por la Policía Local del municipio coruñés de Narón cuando iba en su camilla motorizada—que no puede ir a más de 20 kilómetros por hora— en la autovía que une Ferrol y As Pontes. Cuando le pillaron, ya había recorrido dos kilómetros porque se había equivocado en la salida, al dirigirse a un club de alterne a contratar los servicios de una prostituta como, con absoluta sinceridad, les contó a los agentes. Él alega que no hay motivos para el sonrojo, y declara: “Estar atado no significa que no se tengan ganas de desahogar”. José Antonio se muestra contento de salir a la luz y gritar a los cuatro vientos que es una persona normal, con las mismas necesidades que cualquiera y dispuesto a seguir buscando soluciones para su escasa vida sexual. ■

Isidro Martín del Río

En primera línea del voluntariado



Estaba en la estación de Atocha el 11-M y se volcó en el rescate de las víctimas. Su vida desde entonces no ha sido igual para este voluntario de vocación social

Nació en Salamanca en 1962 de forma circunstancial. Su padre es extremeño y su madre leonesa y es el segundo de cinco hermanos. Su infancia transcurrió en el seno de una familia humilde, su padre trabajaba de albañil y su madre en casa. Pero el cabeza de familia sufrió un accidente cuando Isidro tenía 12 años. Perdió la vista y estuvieron dos años de juicios. Le dieron la incapacidad pero la economía de la familia en ese tiempo empeoró, por lo que nuestro protagonista se tuvo que poner a trabajar después de acabar 8º de EGB. Posteriormente, el Ayuntamiento de Getafe (Madrid) les autorizó la instalación de un quiosco de prensa y las cosas se fueron solucionando. Pero Isidro ya trabajaba desde los 14 años en una carnicería, “que es el oficio que tengo” y lo hizo hasta los 25 años, “sin parar, pues el servicio militar lo hice en Madrid. Tenía un pase pernocta, salía a las dos y por la tarde me iba a trabajar. No dejé nunca el oficio, me gustaba, era el sustento de mi familia, y me sentía importante, pero a mí el tema social me atraía”.

Aunque seguía en la carnicería, con 19 años empieza a trabajar como voluntario con drogodependientes en el Proyecto Hombre. Luego se pasaría a las personas mayores. “Acabado el servicio militar me doy cuenta de que necesitaba formación para dar el salto, dejar de ser carnicero y dedicarme a lo social, pues todos eran educadores, psicólogos...”.

A los 21 años entra en contacto con la discapacidad. Se apunta voluntario y va de camillero a Lourdes en el ‘Tren de la esperanza’. Repite los meses de mayo durante 3 años, pidiendo días de vacaciones. Deja de trabajar en la carnicería y un día de 1987, por pura casualidad, pasa por la puerta del hoy denominado Real Patronato sobre Discapacidad, en la calle

Serrano de Madrid, y decide informarse: “entré y supe de CEMFE (entidad que posteriormente se denominaría COCEMFE). Me pasó por allí y me recibí una trabajadora social de la Coordinadora de Minusválidos. Fue muy importante que una persona de las que yo entendía entonces como inválidos, tuviera formación académica, supiera entender lo que yo quería y me diera una alternativa a lo que yo buscaba”.

A partir de ese momento empieza a trabajar como voluntario conduciendo una furgoneta para el transporte de personas con discapacidad, para convertirse después, ya en plantilla, en el asistente personal de Pilar Ramiro, miembro de COAMIFICOA. Recibe clases en animación sociocultural para después formar él, en el campo de la discapacidad, la Escuela de Animación Juvenil de la Comunidad de Madrid. Por medio de la Coordinadora realiza el primer intercambio juvenil con Gran Bretaña, “mi primer proyecto, mi primera subvención, y sale bastante bien”. Todo transcurre por cauces normales, hasta que llega una

fecha fatídica: el 11 de marzo de 2004.

Nuestro protagonista estaba en la estación de Atocha cuando se produce la primera explosión: “me pilló en el andén de enfrente. No pensé que fuera una bomba. Creímos que había reventado la máquina. El segundo impacto me pilló cuando estaba en las vías ayudando a las víctimas y me tiró al suelo. Cuando desapareció el humo producido por la explosión vi que algunos se movían. Estaba todo lleno de restos humanos. Sacamos a varias personas y después llegó la policía y nos dijo que no entráramos”. Se le entrecorta la voz en varias ocasiones y las lágrimas acuden a sus ojos. Estuvo haciendo labores de rescate durante dos horas, “hasta que el último grupo de personas heridas se subió a un coche de la Policía. De allí me fui al autobús para irme a casa. Al llegar rompí a llorar y hasta ahora, que todavía lo recuerdo”.

Las secuelas físicas que le quedaron fue la pérdida de la audición del oído derecho, que en buena medida ha recuperado y la fractura en una vértebra. Las otras secuelas han sido más graves: “estuve seis meses sin querer ver a nadie, no podía ver una silla de ruedas. Fui al psiquiatra, intenté retomar el trabajo, pero no podía. Ahora duermo algo mejor, pero he estado mucho tiempo sin poder dormir”. Su relato estremece. Han pasado más de tres años y los terribles recuerdos de aquel día todavía no han cicatrizado.

Isidro se ha matriculado en Historia en la UNED cumpliendo así su sueño de llegar a la universidad, que se quiere jubilar a los 55 años porque está cansado de trabajar sin parar desde los 14 y le apetece disfrutar de la vida. Este hombre que va superando poco a poco ese enorme trauma gracias a sus seres queridos, especialmente a su mujer, Rosi. ■